

Nuevos movimientos globales (2003): sedimentando e impactando

Ángel Calle^[1]

Las protestas contra la guerra: la punta de un iceberg

En el terreno de la movilización social, el año 2003 será sin duda recordado por las manifestaciones de protesta contra el ataque militar a Iraq celebradas el 15 de febrero. Diez millones de personas en todo el mundo, de los cuales aproximadamente tres en nuestro país, se echaban a la calle en cerca de 600 ciudades. En la aldea global, entendida como fenómeno económico, social y tecnológico que posibilita la recreación de imaginarios planetarios (noticias, eventos y actores que se comparten a través de grandes medios de comunicación y de internet), se facilita la «identificación» de problemas comunes o que atañen a toda la humanidad, así como a los «responsables» de los mismos. Al mismo tiempo, circulan iniciativas de acción a través de redes y foros internacionales, respuestas globales que dan lugar a «diálogos» entre unas elites (gobiernos, multinacionales, instituciones internacionales) y una ciudadanía que comprueba, con desagrado y con angustia, cómo se le sustrae capacidad de decisión sobre asuntos que afectan a sus vidas, en este caso la participación de su país en el ataque y en la posterior ocupación militar a Iraq.

Sin embargo, ¿podemos considerar esta respuesta global a la guerra durante la primavera de 2003 como un hecho puntual? En mi opinión es importante reflexionar sobre cómo se fue gestando esta respuesta para establecer la dimensión de lo que estamos observando. Las protestas contra la guerra del 19 de enero, del 15 de febrero o del 12 de marzo cabe ligarlas al paulatino ascenso de fenómenos de movilización que comparten raíces y actores con las llamadas redes «antiglobalización». En efecto, tomando como ejemplo la convocatoria del 15 de febrero, ésta partió del I Foro Social Europeo (FSE) celebrado en noviembre de 2002 en Florencia. Una propuesta que tuvo como carta de presentación una manifestación de 750.000 personas que al término de las jornadas del FSE expresaron su rechazo a la guerra (militar, contra la inmigración y la agenda neoliberal, según plantearon sus convocantes). Esta cita fue encontrando su eco en espacios de nuevo cuño (foros sociales locales u otros más internacionales como el de Porto Alegre) y en espacios virtuales (servidores como nodo50 o pangea, listas de distribución de colectivos) que expandieron entre las redes sociales las diferentes llamadas a la acción. Todos estos espacios y fenómenos (foros, listas, protestas globales) cobraron una gran fuerza a raíz de Seattle (1999), y constituyen, a mi entender, diversas manifestaciones inspiradas por un conjunto de actores que denominaremos nuevos movimientos globales.^[2] Estos nuevos movimientos globales ya habían sido visibles en días puntuales de protesta como los «cacerolazos» durante la crisis de Argentina de finales de 2001 y por supuesto en las cumbres alternativas frente al G-8 o a la OMC. Constituyeron la red de redes que sirvió de base para la propagación de las protestas contra la guerra que en nuestro

país contaría con poderosos aliados: un círculo de artistas que en la ceremonia de entrega de los cinematográficos premios Goya (febrero 2003) comenzaría a lanzar mensajes contra la guerra; grandes partidos y sindicatos (con el apoyo de entornos mediáticos próximos a ellos, como la ser o El País) que pondrían la «cara pública» de estas manifestaciones; una fuerte dosis de credibilidad en la injusticia de la guerra, situación que escapa a las incertidumbres más «lejanas» y menos «visibilizables» como la transferencia de soberanía política de las instituciones públicas hacia agentes privados o la introducción de alimentos transgénicos en las cadenas alimentarias. Sin estos aliados, probablemente, estaríamos hablando en nuestro país de un número de manifestantes sensiblemente inferior. Pero tampoco, considero, nada despreciable, habida cuenta de la efervescencia y del «arraigo» local de estos nuevos movimientos globales, y que quizás hubiera podido situarse cerca de las 700.000 o del millón de personas (recordamos que sólo la manifestación de Barcelona en marzo de 2002 consiguió convocar a cerca de 400.000 sin un apoyo «efusivo» de estos aliados).

Las protestas contra la guerra, pues, nos hablan de fenómenos más profundos, de unos fenómenos en ebullición que se han venido gestando desde los años noventa.^[3] Tienen a su favor una globalización económica en la que determinados conflictos (ya hablemos de la crisis de Argentina o del ataque militar a Iraq) aparecen, para una parte de la ciudadanía, como producto de la voracidad de multinacionales y de grandes grupos financieros, y de unos gobiernos a los que se gritaba en estas manifestaciones «que no, que no nos representan». Por otra parte, junto al propio descontento, su hacer en red (ya sea en foros o en manifestaciones) les reporta ciertas ventajas: pueden crear sinergias colectivas más allá de barreras ideológicas o culturales, pueden «bajar» al ámbito local iniciativas surgidas en ámbitos internacionales, lo que facilita una conexión con sectores de la ciudadanía que ven con escepticismo las formas clásicas de acción (partidos, sindicatos, grandes ong). No obstante, este hacer en red se revela frágil para promover cambios sustanciales en dinámicas políticas como la guerra o los acuerdos de la OMC: son presa fácil de grandes estructuras que, sumándose a sus convocatorias, acaparen su imagen pública; presentan grandes dosis de dependencia mediática (se «acaba» la guerra en televisión, descienden las protestas); tienen dificultades para convocar, dialogar y coordinarse al margen de hitos puntuales.

Las dificultades para alcanzar una estabilidad por parte de estos nuevos movimientos globales (discursos compartidos, acciones a largo plazo, coordinaciones más allá de hitos mediáticos) se evidenciaron en nuestro país en las protestas de septiembre en paralelo a la cumbre de la OMC que se estaba celebrando en Cancún. Fueron «muy pobres» (300 personas en Barcelona, 150 en Madrid) si las comparamos con otros referentes internacionales previos (convocatorias de 5.000 personas en el 2001 durante la cumbre de Praga en las ciudades anteriores). En este caso, la menor presencia en los medios de comunicación y la guerra contra Iraq ocupando fuerzas y mensajes durante los meses previos provocó este significativo descenso en la capacidad de protesta. Los nuevos movimientos globales, muy pendientes de la agenda mediática y sin grandes procesos (campañas, calendarios, propuestas políticas) estables en el largo plazo, acusan este típico perfil de protesta que se asemeja al de una mon-taña rusa.

Nuevas formas de participación y de diálogo social

Las protestas nos hablan de hechos puntuales donde los movimientos se hacen visibles, sobre todo mediáticamente. Más al margen de ese «estar» (que mediáticamente se encapsula en las protestas de las llamadas redes «antiglobalización»), es mucho más interesante, dada la novedad de estos fenómenos, analizar como ese «ser», esos rasgos de hacer y decir en red (uniendo espacios, conflictos), se reproduce en el interior de los nuevos movimientos globales, es decir, qué estructuras de participación y de coordinación están generando. En este sentido, el año 2003 ha constituido un año de afianzamiento de significados colectivos que, arrancando desde un perfil de nuevos movimientos sociales (más temáticos en sus discursos y en sus redes de contacto), han ido evolucionando hasta adoptar formas de representarse el mundo más globales y activas en las llamadas redes «antiglobalización». Como ejemplo ilustrativo podemos tomar el antiguo Movimiento de objeción de Conciencia, que decidía a principios de año transformarse en Alternativa Antimilitarista sobre la base de un ideario que expande el concepto de violencia: militar, de acceso a recursos económicos y educación, cultural, de género, etc.^[4]

La búsqueda de espacios de encuentro para ese hacer y decir en red prosiguió con el afianzamiento de foros sociales de carácter local, quizás uno de los termómetros más importantes de estos nuevos movimientos globales, que re-únen a una diversidad de redes y actores, como es el caso de los foros de Vigo, Guadalajara, Palencia, Euskalherria, entre otros muchos. Por otra parte, espacios que surgieron como renovadas plataformas de actores tradicionales (PSOE, sectores de IU, grandes ONG y sindicatos) como el Foro Social de Madrid o el de Barcelona no encontraron el apoyo de sectores más críticos con la globalización. Los nuevos movimientos globales, por tanto, lejos de constituir una tormenta pasajera parecen decididos a insistir en su arraigo horizontal local. Desde Cataluña, y más concretamente Barcelona, dando muestras de un mayor entrelazamiento de colectivos y de confianzas entre redes sociales en comparación con el resto del Estado, se articulaban espacios muy amplios y plurales como la Xarxa de Mobilització Global desde la que se lanzaban agendas compartidas para el ámbito catalán (convocatorias internacionales contra la guerra, seguimiento de iniciativas europeas y Valencia y Cataluña, Hemen eta Munduan en Euskadi, RCADE, ATTAC; espacios en evolución desde los nuevos movimientos sociales como el MoC, el avance del ecologismo político de Ecologistas en Acción, o iniciativas locales como la actividad del centro social okupado de mujeres La Karakola en Madrid) entendemos que una nueva forma de referencia de la acción colectiva ha emergido en los últimos años, uniéndose a las referencias ya existentes (nuevos movimientos sociales y movimiento obrero clásicos; movimientos provenientes del Sur como el zapatismo o el MST). Es decir, este nuevo polo de atracción fundamentado en un hacer y decir en red (que enlaza con una radicalidad democrática en propuestas y formas de coordinación), «impulsa» a los colectivos y personas a desbordar continentes (formas de organizarse) y contenidos (formas de representarse las injusticias del mundo) clásicos. El Foro Social Europeo, por su parte, conseguía arrastrar a más de 5.000 universitarios a su segunda edición, celebrada en París en noviembre. Ilustrativo también de esa búsqueda de nuevas vinculaciones fue el apoyo que registró El Laboratorio

(centro social okupado de Madrid), espacio de encuentro y de lanzamiento de iniciativas de sectores de las llamadas redes «antiglobalización», con una manifestación de 1.500 perso-nas para protestar por su desalojo.

Si bien los nuevos movimientos globales han sido proliferos en la elabora-ción de nuevas formas de hacer, la reflexión conjunta (el pensar en red) pare-cía hasta ahora ocupar un segundo plano, reducido en muchos casos a de-bates internos en el seno de colectivos. Durante julio y agosto de 2003 se desarrollaron un gran número de iniciativas, «escuelas de verano» la mayoría de ellas, en donde personas y colectivos de gran diversidad ideológica y cultural se enfrascaron en la tarea de reflexionar sobre el propio hacer. Tinto de Verano fue el nombre de la primera escuela organizada por un nutrido sector de las redes «antiglobalización» (CGT, Baladre, Ecolo-gistas en Acción, jóvenes de la fravm, Espacio Horizontal contra la guerra) y a la que acudieron unas 200 personas. El mismo número que también, aproximadamente, se darían cita en el pueblo okupado de Lakabe, esta vez con las eco-aldeas y redes económicas alterna-tivas como motores del encuentro. También se organizaron «escuelas de vera-no» desde otros sectores (redes pacifistas, RCADE, ATTAC, entre otros).

En cuanto a la exploración real de nuevas formas de acción, lo más destacable de estos nuevos movimientos globales que alimentan puntualmente la conformación de redes «antiglobalización» ha sido su pérdida de capacidad de desafío. El bloqueo de cumbres (Seattle en 1999, Praga 2000) como medio para visibilizar un conflicto comenzó a desestimarse (o a utilizarse de forma más simbólica, como en la ruptura de la valla metálica que separaba a manifestantes del centro de reunión en Cancún) tras la muerte de un manifestante en Génova (julio 2001) y el despliegue policial que ha obligado a replantearse estas formas de desobediencia. No obstante, las protestas contra la guerra en nuestro país reavivaron puntualmente el ánimo rupturista presente en la red de redes: los estudiantes se echaban a la calle el día siguiente del inicio de los ataques cortando calles y avenidas, se registraban también ocupaciones de edificios en señal de protesta y manifestaciones coloridas por recorridos improvisados (al estilo de los «reclama las calles» que extendieran los británicos Reclaim the Street) en las grandes ciudades. Con todo, se observó un «empobrecimiento» en los repertorios de acción, acudiendo, por impulso también de las grandes organizaciones, a las fórmulas clásicas de concentraciones y manifestaciones. Faltó creatividad para articular, al margen de los grandes hitos, herra-mientas de acción más participativas e insertas en una desobediencia civil, simbólica y cotidiana. Algunas de las perso-nas aportamos nuestro granito de arena a la producción de herramientas de extensión de debates a la ciudadanía de manera altamente descentralizada mediante la celebración de consultas sociales sobre la cuestión de la guerra y de las implicaciones (políticas, en términos de presupuestos militares) de la misma. En Cataluña votarían 600.000 personas, y también se celebraría este pleibiscito en puntos de Euskadi, Galicia y Madrid. En la senda del «caminar preguntando» con el que se identifica a los zapatistas, a lo largo de 2003 fue tomando cuerpo la Consulta Social en Europa en diversos puntos del Estado (Barcelona, Madrid, pueblos de Castilla-La Mancha, Salamanca, Vigo, Córdoba, Jaén, Zaragoza) y desde diversas redes (Ecologistas en Acción, RCADE, CGT, Cristianos de Base, foros locales, etc.). Con ella pretende-mos construir

herramientas (como jornadas de encuentros entre colectivos que trabajan un mismo tema, asambleas públicas, postales participativas) que permitan vincular a colectivos en debates y acciones comunes sobre una problemática dada (desde desigualdades Norte-Sur a la necesidad de vivienda y espacios sociales o a la crítica de la Constitución Europea que se nos viene encima), teniendo la democracia participativa y directa como eje y reivindicación transversal. La celebración de una consulta física en paralelo a las elecciones europeas de junio de 2004 se presentaba como un hito significativo a tener en cuenta en un proceso que aspira a seguir caminando y a seguir preguntando.

Conclusiones e Impactos

Como señalaba Salvador Martí en el anterior Anuario de Movimientos Sociales, después de una etapa de exploración en los noventa, de gran creatividad y búsqueda de conflicto a partir de Seattle y de extensión (sin disminuir radicalidad) desde 2001, el año 2003 se confirma como el inicio de un período de afianzamiento cualitativo (sedimenta la cultura de movilización en red propia de los nuevos movimientos globales) y de continuación de la extensión (protestas y foros crecen en su capacidad de convocatoria), aunque no se produce un nuevo salto de creatividad que internacionalice nuevas herramientas de desafío y de llegar a la ciudadanía.

La «guerra permanente» ha terminado de afianzarse como un diagnóstico central en el marco maestro que liga los discursos y las preocupaciones de estos nuevos movimientos globales. Una guerra también que ha facilitado o afianzado «alianzas» entre la red de redes del llamado «movimiento antiglobalización» y colectivos como artistas (con la destacada presencia mediática y en las calles de Plataforma Cultura contra la Guerra), estudiantes o periodistas (han continuado, por ejemplo, celebrándose concentraciones reivindicando la investigación del asesinato del cámara de Tele 5 José Couso).

En cuanto a las formas de coordinación y acción se observa la gran atención que está siendo concedida a espacios plurales de diálogo que faciliten la puesta en marcha de la red de redes, tales como: foros sociales (en especial los locales, más sesgados hacia las grandes estructuras estarían espacios como el Foro Social Mundial o el Foro Social Europeo), escuelas de verano, procesos abiertos que respetan la diversidad como la Consulta Social en Europa. Siguen en pie las dificultades a la hora de encontrar discursos y referencias de acción más estables a medio plazo y no tan dependientes de las agendas mediáticas. No obstante, observamos que las subidas y bajadas de esta «montaña rusa» de protestas dejan cada vez posos más importantes al «retornar» a sus puntos más bajos (se incrementan cuantitativamente los espacios estables y la capacidad de convocatoria, mayor entrelazamiento cultural y físico de redes).

Asimismo, 2003 ha sido testigo de la irrupción de impactos en la marcha de la globalización económica que, en gran medida, atribuimos al particular manifestarse de estos nuevos movimientos globales en forma de redes de protesta «antiglobalización». La cumbre de la OMC de Cancún no lograba proseguir en el camino de liberalizaciones muy favorables para las multinacionales del Norte y poco rentables para los habitantes del Sur. El «desgaste de imagen» que vienen infligiendo las redes «antiglobalización» a la

omc, mostrando su opacidad y denunciando qué intereses intenta hacer valer en detrimento de derechos políticos, alentó e hizo «comprensible» el des-acuerdo final. La VII cumbre de países iberoamericanos se saldaba con un rechazo, con la excepción del posicionamiento del gobierno conservador de nuestro país, a las políticas neoliberales auspiciadas por el fmi y el Banco Mundial, a las que se responsabilizaba del aumento de los niveles de desigualdad y de pobreza en los países sudamericanos. Como se ha comentado, sobresale también en 2003 la contribución de estos nuevos movimientos para gestar respuestas globales, aunque de manera puntual. Frente a una globalización económica que se presenta como el «mejor de los mundos» y «el único posible», conseguir las cifras de movilización de los meses de enero, febrero y marzo dota de credibilidad a las propuestas de cambio social, en particular, a salir a la calle conjuntamente. Sin embargo, en el lado negativo habría que situar a aquellos que «no encuentren sentido» a unas acciones que no logran objetivos inmediatos, como en este caso el de detener el ataque militar. Aun así, toda cultura de movilización proyecta su potencialidad (de logros: de cambios estructurales, de imaginarios y de afianzamiento de valores) hacia el futuro. Al amparo de una transición de culturas de movilización,^[5] los nuevos movimientos globales exploran de forma «silenciosa» (al margen de los grandes medios) la constitución de espacios de interacción internos (de diálogo, campañas), de comunicación con la ciudadanía (las protestas contra la guerra parecen haber destapado una vocación de dirigirse hacia, y en muchos casos de ser dirigidos por, «las mayorías»), y de elaboración de respuestas sociales y formas de desobediencia que cuestionen el actual status quo, sean «entendidas» por la población y puedan propiciar cambios y faciliten la recreación de mundos alternativos.

[1] acalle@est-econ.uc3m.es

[2] Una gran red de redes, cuyos nodos o colectivos mantienen un discurso crítico con la globalización económica (entendida desde la perspectiva de un orden social planetario que alienta la concentración de poder económico y político en manos de multinacionales y grupos financieros), que conecta esta crítica con otras esferas de conflicto mundiales (patriarcado, medioambiente, militarismo, etc.), cuyas formas de coordinación suelen ser muy horizontales y que, antes que definir grandes objetivos finalistas se caracterizan por enfatizar la radicalidad democrática (asambleas y consensos como mecanismos de decisión, proponiendo a la ciudadanía como sujeto de cambio, prestando gran atención al cómo se construyen las alternativas en detrimento del planteamiento de fines).

[3] Internacionalmente, el levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994 y los posteriores Encuentros Intercontinentales organizados por ellos (el primero en 1996 en nuestro país), la creación en 1998 de la red AGP y del Foro Social Mundial en 2001, así como el rosario de protestas contra cumbres oficiales (Berlín 1988 ya fue testigo del grito «impidamos el congreso» con que se recibió al Banco Mundial) han constituido espacios de experimentación y propagación de este movimiento de movimientos global. En nuestro país, laboratorios de acción colectiva como la cumbre alternativa frente al Banco Mundial en 1994, las Euromarchas, el Movimiento Anti-Maastricht o las campañas Rompamos el Silencio han servido para retroalimentar las nuevas dinámicas de acción, tendentes hacia un hacer (coordinación, acción) y un representarse en red los problemas del mundo (multidimensionalidad de conflictos), y que retroalimentan en sus discursos y en sus prácticas lo local y lo global, la autonomía privada y la autonomía

pública, lo estructural y lo cultural. De esta manera, los nuevos movimientos globales representan una aceleración cuantitativa de algunos rasgos de los nuevos movimientos sociales (diversidad de conflictos, autonomía, simbolismo en la acción), pero los trascienden cualitativamente en la medida en que abandonan la idea de «compartimentalizar» conflictos y espacios de acción. Buscan representaciones y transformaciones globales, enlazando entonces con algunas señas de identidad del movimiento obrero clásico.

[4] De esta manera, al hablar de nuevos movimientos globales (entre los que contaríamos en nuestro país fundamentalmente: nuevos espacios como los MRG que aun existen en

[5] La irrupción de los nuevos movimientos globales abre debates entre personas y colectivos, muy reconocibles en el ámbito de las redes «antiglobalización», y que a grandes rasgos reproducen los debates característicos entre nuevos movimientos sociales y el movimiento obrero más clásico: quién es el sujeto histórico de cambio (ciudadanía versus colectivos organizados), cómo se logran las transformaciones sociales (potenciando la función autónoma y el hacer local o la estructuración y la verticalidad del tejido social existente), qué tipo de coordinación y de relación con dicha ciudadanía (articulando entornos democráticos y horizontales o apoyándose en relaciones que asuman dicotomías del tipo elites-masas). En muchos casos, la hibridación y una vinculación constructiva parece ser la respuesta que ofrecen los nuevos movimientos, muy inspiradas por el zapatismo, proponiendo sinergias positivas entre sectores más institucionalizados y redes sociales, entre «re-volucionarias» y «reformistas» (ambas personas serían «rebeldes»), entre la necesidad de caminar (ofreciendo herramientas que permitan involucrarse a la ciudadanía y apunten a cambios sociales efectivos en el corto plazo) y el preguntar constante (no dejando que los fines puedan ser excusa para sacrificar el cómo y la (auto)crítica constante).